

Libertad de pensamiento y libertad de expresión

«In philosophical discussion: The merest hint of dogmatic certainty as to finality of statement is an exhibition of folly».
A.N. WHITEHEAD (*Process and Reality*, X).

El tema de este artículo lo voy a enfocar y desarrollar filosóficamente, que, irremediablemente ya, soy filósofo de profesión y de vocación –séalo o no de éxito. Por tanto, haciendo los honores debidos a Whitehead –matemático, lógico y filósofo, en todo ello ilustre–, acepto de antemano su juicio: «cualquier indicio, el más leve, de dogmatismo que aparezca en las líneas siguientes, es no solamente indicio, sino prueba patente de locura».

«El hombre es animal racional.» Dicen que es nuestra definición y nuestra esencia. Pareciera, más bien, enfermedad incurable y necesaria. Baste con notar la cantidad y calidad de animaladas y errores que registra la más benévola de las historias de la Humanidad –sin contar las animaladas y errores que cada uno guardamos celosamente, herméticamente cerrados, en el armario de nuestra alma.

Y ¿todavía nos atreveremos a pedir libertad de pensamiento y libertad de expresión, y, por colmo de desvergüenceria o inconsciencia, fundar y defender instituciones montadas sobre el cultivo en grande, en público y en sistema de esas dos libertades?

Si el ser *esencialmente* racional no nos libra de errores, y el ser *esencialmente* animal no evita cometer y acometer animaladas que no hacen los simples, sencillos e inocentes animales, la consecuencia inmediata sería encarrilar el pensamiento por dogmas y con dogmas, y al animal de hombre con listado

absoluto –estilo Hobbes. La verdad es –y eso de *es* delata en mi ya un ramito de locura– que el dogmatismo religioso, político, filosófico... es la *locura* humana la locura típica de *racional*. El racional *loco* lo es por dogmático. Locura será mil cosas –de las mil no sé yo sino una o dos–; mas una de ellas consiste en tener las ideas en forma de ideas fijas –y el cerebro cual disco rayado: lo mismo, de lo mismo, sobre lo mismo, para lo mismo, con lo mismo. Cada loco con su tema, y, mejor, el loco lo es por tener *una sola idea*, cual tema –obsesión, incubo, pesadilla de despiertos.

El dogmático no es tonto por lo que piensa, dice prédica o proclama; es tonto por loco: por obseso; y posee las fuerzas extraordinarias de los locos: la obstinación de los asnos y la tozudez estúpida y potente de los carneros. Un disco puede albergar en sus microsurdos, y transmitir al altavoz, la más rica, articulada y original textura sonora de temas y movimientos. Mas está condenado sin remisión, a repetir lo mismo –asi sea la IX Sinfonía de Beethoven. Cada loco con su tema, su único tema: cada disco con su tema, su único tema.

Dogmático es disco y disco es dogmático. Lo redondo de mis afirmaciones dé a sospechar al lector que el ramito de locura me va creciendo.

Dogma puede ser, por tanto, todo un sistema de ideas –religiosas, políticas, filosóficas, científicas...–, un ordenado, bien sonante y perfectamente ejecutado, cual la *Missa Solemnis* de Beethoven, dirigida por un Toscanini, o una *Summa Theologica*, compuesta y procesada por un Tomás de Aquino, allá en el *Studium generale* de París, a mitad del siglo XIII –disco repetido, tema de locos, desde el siglo XIII.

Apenas se diga, y sobre todo se proclame, que la *Summa Theologica*, o el tomismo, es la única verdad en filosofía y teología –o que lo es el *Credo*– ya tenemos un tema que puede hacer de un loco ciento; y de unos cuantos locos, millones de otros. Y lo mismo sucederá con Hegel, Marx, Kant, Newton, Euclides... si se los cree la *única* verdad: inmutable y eterna. Con el dogmatismo se hace pasar a Platón, Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Marx, Ortega y Gasset, Heidegger, Husserl... de genios a locos que hacen ciento, y sus ideas a temas de locos: a discos –con, de, en, por, sobre, tras lo mismo: el mismo, kantismo, marxismo...

La Universidad, una universidad para hombres racionalmente sanos, es lo contrario exactamente de manicomio. Y si tanto se me apura –o me imagino presionado por benévolutamente supuesto interés de muchos lectores que la *Universidad de*

nuestra época, la necesitada urgentemente, tiene y ha de proponerse, cual tarea primaria, ser asilo, casi el último y único asilo, de racionalmente cuerdos, frente a los manicomios de locos sueltos o a catervas –llámanse ahora más decorosamente, con decoro verbal, masas– y frente a ese procedimiento infernal para meter por igual en cabeza dogmas –desde religiosos a económicos, por políticos– que es la propaganda, la «indoctrinación» –palabra horrenda, no tanto como la realidad aludida, y que me recuerda las de doctrina y doctrinos de nuestra triste infancia mental española.

Todo eso de que Universidad es o ha de ser *Studium generale* y *Universitas*, de que la «Universidad medieval» era eso o lo de más allá –aun dicho por personas de la altura y documentación de primera mano, como Denifle, o por d'Irsay, o por Mandouret, o por Stenberghen, o por Gilson– y de que la Universidad *actual* tiene y debe ser esto o lo otro –técnica, humanista, científica, experimental, social...–, todo eso es verdad –admitámoslo, para no desviarnos de lo importante. Pero –y habría de escribir «pero» con todas sus letras en mayúsculas– todo eso no es la *verdad vital* de Universidad actual.

La universidad actual es asilo de racionales cuerdos, y su función consiste en preservar la salud mental del hombre, amenazada por el dogmatismo, ideas fijas, enregimentamiento religioso, científico, económico, técnico, filosófico, político, artístico... todo ello atmósfera de nuestra época, recargada ya por siglos y siglos de dogmatismo, intolerancias teológicas, filosóficas, políticas; nublada –nuestra época– de cerebros, no lavados, sino, al revés, desde siglos o más siglos –más de un milenio, pronto dos–, ensurcados, cual el material de nuestros discos, de temas *únicos* –La Verdad Única–: de unicidad sin duda, a veces, esplendente cual Filosofía, Teología, Ciencia, Técnica, Política.

Los llamados –y padecidos por casi todos menos por los que quieren de restar de «todos» eso de «casi todos»– monopolios en economía son, en realidad de verdad, ridículos «monos»: los grandes, grandes, grandiosos y grandilocuentes son los monos de estilo *monoteísta*: La Única (monos) verdad, en filosofía, teología, teoría política.

Tenemos en nuestras casas discotecas –modestas las más, algunos pocos ricas y variadas – pero religiosa, política, social, económica, filosóficamente..., la inmensa mayoría no tiene en esa discoteca que es el cerebro sino un solo disco –filosófico,

teológico, político...-; y pronto caemos en cuenta de cuáles, cuando echa a andar, y oído el primer compás sabemos qué viene a continuación y qué cantará el altavoz de la lengua: tema de loco. La riqueza actual en discos musicales –aun suponiendo benévolamente que no sea exhibicionismo, un poco, caro– contrasta con el unidisciplinamiento mental de casi todos los poseedores de grandes y variadas o pequeñas discotecas musicales.

II

La libertad de pensamiento es característica, exclusiva ya y honrosísima, de la universidad *actual*, como la UCV, porque es el plan mismo, empresa y aventura en grande de liberar al hombre –*desde su juventud*– de temas de loco, de surcos mentales. Enseñarle a pensar, sin que el lema –filosófico, científico, religioso, político, económico...– se le trueque en tema de loco.

Cada loco con su tema; y no le cabe más que uno, y ahí está la raíz de su mal y la definición de su enfermedad. La Universidad actual, para serlo y no revertir a la medieval, defiende, cual lo hace la UCV, la libertad de cátedra, de opinión, de expresión... en todo: política, nacionalismo, religión... –no primariamente por razones teóricas o jurídicas, sino por motivos de salud mental de la humanidad.

Toda institución: religiosa, política, social... –que pretenda y emprenda realizarse en millones, cuantos más mejor y cuanto más fieles, obedientes y sumisos, mejor que mejor– pone a la Humanidad en el despeñadero de la locura racional: del unidisciplinamiento

«Si la memoria no me es infiel» –frase consagrada, surco mental– fue Calderón de la Barca, allí, en el llamado y sido «Siglo de Oro» español, quien dijo:

*Que lo mejor es ser loco,
si es que se da en buen tema.*

Teólogo como fue, y de una sola teología verdadera, no podía decir, altavoz de un solo disco, otra cosa. Pero nosotros, convencidos de que ser loco es lo peor que al hombre en cuanto racional le puede sobrevenir, tenemos que reformar, sin respeto y sin consideración alguna, la frase calderoniana –que tan agradable y tranquilizadora debe sonar a los oídos de los mandamás políticos y religiosos de mi tierra natal– diciendo y dejando escrito:

*Que lo peor es ser loco
por bueno que sea el tema.*

Cervantes, en el «Prólogo» a *Don Quijote de la Mancha*, y en son de burla de los eruditos baratos, citaba aquel exámetro:
Non bene pro toto libertas venditur auro.

Aun exponiéndome a que se burlara Cervantes de mi erudición barata, repito el exámetro y lo traduzco para que a nadie le quede duda de mi barata erudición latina:

«No se vende bien vendida la libertad, aunque se la venda por todo el oro del mundo».

Y clara está la consecuencia: nuestra Universidad Central de Venezuela no vendería, bien vendida –a quien sea, gobierno o no–, la libertad de pensamiento: filosófico, teológico, económico, político..., si la vendiera por unos centenares de millones de bolívares, o vendiera a *un* partido o *una* iglesia la libertad de pensamiento y expresión –de que ahora gozamos y aprovechamos «en serio» en nuestra universidad– dándoles por precio de unos millones seguros el monopolio del pensamiento religioso, filosófico, económico, político.

Que se la quieran comprar para tan inconfesable propósito –aunque esa injusticia, redoblada de insulto que se llama la *libertad* de contratación con económicamente desvalidos, valga para desgraciados obreros, libres de morir o no de hambre material, e instituciones, libres de morir o no de hambre espiritual– es tentación –explicable, no justificable– de instituciones programáticamente de verdad única –religiosa, política, económica– tal vez sin saber la letra, mas si la práctica de

*Que lo mejor es ser loco
si es que se da un buen tema*

–el *mío*: el de *mi* religión, el de *mi* política, el de *mi* filosofía, el de *mi* sistema económico...

Si lográramos convencerlas –o al menos hacer que dudaran un poco– de que la libertad de pensamiento y expresión reclamada por la UCV –sin recortes arteriales y cumplida por hombres que lo son dioses, dioscecillos o acólitos de dioses o dioscecillos– no es tan sólo un eco –trasnochado o, mejor, transepocado– del liberalismo, capitalista o no, sino la exigencia de salud mental, un antídoto o anticuerpo contra la patentemente invasora locura o unidisciplinamiento del cuerpo social de cuatro mil mi-

llones de humanos, pudiera ser que, por tal motivo humano –más y mejor que humanista–, consiguiéramos lo que no obtenemos por otras teorías o razones, más decorosas de decir, pero no suficientemente eficaces.

III

El peligro del unidiquismo o dogmatismo mental –de el tema de locos y loquitos: *la amenaza contra la libertad de pensamiento y de expresión*– no le viene a la Universidad ni exclusiva ni principalmente de afuera. Le viene de dentro.

Cuenta el Nuevo Testamento –«si la memoria no me es infiel»– que algunos de los apóstoles, enviados por Jesús en misión evangélica, volvieron, una vez, indignados y pidiéndole autorización para hacer descender fuego del cielo sobre una ciudad que no les había hecho caso, y eso que, de seguro, predicaron a la ciudad las palabras auténticas, genuinas, vibrantes aún por recién salidas de la boca de Jesús. Mas Jesús les respondió: «no sabéis de qué espíritu estáis animados».

La amenaza –y el peligro– contra la libertad de pensamiento y de expresión le viene a la Universidad de apóstoles –infalibles y de sus infaliblitos acólitos– que al notar que no les hacen el caso debido tantos, tantos y tantos, vuelven indignados de su misión –la de salvar ellos, no otros, la universidad– pidiendo –airados, congestionados, gesticulantes y vociferantes– que caiga sobre ella fuego del cielo; y, por no creer ya en Cristo, lo piden a poderes extraños a la universidad, y convencen de que la Universidad –desgraciada como Cafarnaúm, Sodoma y Gomorra por no oírlos– merece fuego del cielo, y, puesto que éste ya no cae, fuego terrestre –que éste sí que cae, y fácilmente.

No es gran alabanza para Jesús el que repita yo palabras, aplicándolas al caso de nuestros «salvadores», y tampoco hago gran honor a los doce apóstoles llamando a nuestros salvadores «apóstoles». Pero Cristo y los apóstoles me perdonen –este y otros mayores pecados míos– si repito lo de *«no sabéis de qué espíritu estáis animados»*. No por cierto del de libertad de pensamiento y de expresión, pues ¿quién va a hablar y pensar después de que haya caído sobre la Universidad fuego del cielo y fuego de la tierra, suficiente para acabar con la Sodoma, Gomorra y Cafarnaúm que es la Ciudad Universitaria y acabar con tantos, tantos y tantos de sus moradores –profesores y estudiantes– tantos, tantos, tantos que se permitieron y permiten y permitirán

la nefanda libertad de elegir para autoridades de la UCV a personas que no presuman de salvadores sino de discretas, modestas, humanas autoridades, y se temen además –aquellos tantos, tantos y tantos– la libertad de pensar como ellos y, lo que es inaguantable, la de decirlo?

Después de semejante «purificadora» lluvia de fuego no quedarían sino Lot y, mejor, estatuas de sal: de una sola opinión en todo: filosofía, economía, política...; un solo rebaño, un solo pastor. Unidiquismo asqueante y altavoces cansinos, que ya, ahora, no saben ni hablar ni escribir en buen castellano, y mucho menos con gracia, donaire y soltura de libres.

Su júbilo, indisimulado, al ver caer sobre la UCV fuego de la tierra –aquel Día: *Dies illa, Dies irae*–, y la saña, indisimulada también, contra la desgraciada Ciudad que tal lluvia aguantaba, no sé qué sentencia hubiera merecido de boca de Cristo. No soy oráculo suyo.

De seguro sería la de Jesús más comedida, mansa y justa sentencia que la mía, y que la de tantos otros, poseedores, los otros, de esas calidades que se llaman discreción –calidad humana–, modestia –calidad moral–, humanidad –virtud cristiana.

Pero el fuego del cielo –perdón, el de la tierra– habría de haber caído antes de aquel Día: *Dies irae*. Lo provocamos en un *Homenaje*. Y no faltó quien sospechara que Dios no existe –que las Autoridades extrauniversitarias no existieron– porque el fuego no bajó, entonces, a punto, instantáneo, con dirección personal y local. Ya bajó un poco más tarde; al fin llegó, y se justificó su caída por lo de aquel Día, tarde y noche infastas e infandas. Con sólo lo que aquel Día, tarde y noche pasó, queda justificado lo que, al cabo de larga, triste, vergonzosamente larga y triste espera –espera y preparación de meses–, pasó. O nos pasó, a los que hemos sentido en el alma de universitarios lo que pasó, no a los que se regocijaron en lo que pasó, y explotaron aquello otro que pasó, cual causa –dicen– suficiente y necesaria de estotro.

Pocos son aún –y creo que poquitos son entre los mismos «apóstoles» iracundos– los que creen en eso de pecados de gravedad teológica infinita, y en pecados imperdonables, cual los cometidos contra el Espíritu Santo. Pero sí que hay aún quienes realmente creen en pecados de gravedad infinita, imperdonables, cometidos por autoridades, profesores y estudiantes de la UCV, y, para muchos, imperdonables por ser pecados consecuentes e inevitables del pecado original de la constitución y

permanencia de la Universidad Central de Venezuela, pecado original que no admite bautismo sino a lo más el que le viniera por manos dadivosas de los que creen en otro bautismo, y siempre que sea dispensarlo por sus manos. Uno de esos pecados gravísimos *ex toto genere suo*, de gravedad infinita, imperdonables, por cometidos contra el «Espíritu Santo», fue aquel –¡horror!– del *Homenaje*. Él solo justifica todo el fuego del Cielo –y aun es poco, y aun hoy día les parece poco a los «apóstoles» y «salvadores».

Pero lo ridículo –tal es el mejor calificativo, mejor que esos pedidos prestados a la Teología–, lo ridículo de tal sentencia sin apelación sume y resalte porque los presuntamente ofendidos dioses no fueron precisamente los que hicieron caer el fuego, ni han justificado el que posteriormente nos cayó. De los dos varones, humanísimos y humanistas de verdad, uno, el vivo –y viva por años de años, que su vida y obras son honra nuestra, de América y del mundo–, no pidió entonces fuego ni del cielo ni de la tierra, y no ha justificado ni él ni los suyos el fuego terrestre que posteriormente nos cayó. Tiene, entre otras grandes y visibles virtudes, las de discreción y buen gusto, y le debe parecer ridículo eso de pensar que lo que contra él se cometió –y, sin duda ni disimulo, hay que llamarlo desacato e irreverencia– sea pecarlo de gravedad infinita, imperdonable, digno de fuego celeste, a caer –ya cayó en forma terrenal– sobre esa Sodoma, Gomorra y Cafarnaúm que se extiende por unas hectáreas innominadas, en el centro de nuestra ciudad de Santiago de León de Caracas. El otro, a quien Dios debe tener en su gloria, fue también humanísimo y realmente humanista varón. No pidió a Dios –y eso que con él estaba ya desde hacía meses– que cayera fuego –discriminado, eso sí, con dirección personal y postal– sobre aquel auditorium de aquella facultad, de aquella Universidad de su tierra. No creo que aquel varón *ido* creyera nunca pecados de gravedad infinita los cometidos contra su persona: jamás cayó en el ridículo de sentirse dios y se hubiera resentido, grave y mansamente, de que otros –más papistas que el Papa– lo pusieran en ridículo con parecidas, interesadas y explotadas exageraciones.

El gravísimo, de gravedad infinita; pecado de idolatría se puede cometer cuando y porque hay Dios verdadero –y se cree en Él.

En nuestros «ateos» días la idolatría ha sido sustituida por la egolatría. Y han creído los ególatras heredar ese derecho divi-

no de sentirse infinitamente injuriados y poder, por horrenda secuela, condenar al infierno a los pecadores; y, por si no lo hay en el otro mundo, condenarlos al infiernillo de éste; y a la universidad que los injurió, por no reconocer su divinidad, condenarla a lo que pasó, y aprobar lo que pasó en aquel Día: *Dies irae*.

Los ególatras son los verdaderos atentadores contra la libertad de pensamiento y de expresión. En vez del *odium theologicum*: odio de teólogos –el odio de ególatras.

Todos somos hombres, aunque no siempre humanos; y, por no ser dioses, tenemos derecho –un poco triste y a ejercitar lo menos posible– a una cierta cantidad de defectos. *La Universidad Central de Venezuela no es la Ciudad de Dios*. Pero mala manera de curarla de sus defectos «humanos» –no más graves y frecuentes que los de cualquier gran universidad, comenzando por la medieval y teológica de París– es la de hacer caer fuego del cielo y de la tierra por las faltas que hemos cometido. Y aún peor manera es la de querer salvarnos a la «fuerza»; y pésima la de creer que con ejemplos de egolatría y dogmatismo nos van a «curar» de esa salud que es la libertad de pensamiento y expresión.

IV

Mucho me temo que, a lo largo de estas páginas, he dado tantos y tan repetidos indicios de «dogmatismo» –con afirmaciones rajantes, con malévolas alusiones, con ironías feroces, con fintas de mala ley desde ángulos impensados...– que me conviene dar por terminado este artículo, antes de que –condenándome yo mismo por las para mí venerables palabras de Whitehead– se me declare «loco» –oportuna razón, y eficaz, para no hacer caso alguno, y si compadecer, más o menos sinceramente, al autor.

Hago, pues, aquí, punto final.